

Diablotexto *Digital*

CONCHA GARCÍA: *LAS PROXIMIDADES*
Barcelona: Calambur, 2016, 79 pp.

ROSA M. BELDA
IES. DE BOCAIRENT

Con *Las proximidades*, su más reciente publicación, la poeta Concha García, completa la última de sus trilogías poéticas, a las cuales nos tiene acostumbrados, la que iniciara con *Acontecimiento* (Barcelona, Tusquets, 2008), versos de celebración del instante apresado en el poema como culmen de la percepción de la vida, y de evocación del viaje como búsqueda desde la distancia para poder mirar con otra perspectiva, para reconocerse en otros lugares, en otras vidas, en otro tiempo; seguido de *El día anterior al momento de quererle* (Madrid, Calambur, 2013), libro luminoso, de contemplación en la espera del instante como único acontecimiento que revela vida, poemas que descubren distancias que se acortan, acercamientos que en *Las proximidades* se materializan, cuando la poeta ya ha constatado que “Vivir es transformarse en lo que una es”, todo ello sin más trascendencia, porque no existe nada más, y nada menos, que una conciencia poderosa desvelándonos la vida.

Así, en *Las proximidades*, desde el poema inicial, hay una invitación a la vida de quien comparte la experiencia de su indagación poética, la sabiduría que su conocimiento sobre el mundo le ha reportado. Es un libro de madurez que ilumina, que invita a formar parte del mundo, de la realidad, tal como la concibe la poeta, porque, como afirma en otro de los títulos de estos poemas, “No hay nada como estar presente con el cuerpo”.



En la poesía de Concha García, el cuerpo, siempre como contrapunto del espíritu, de lo trascendente, ha estado presente, no solo como germen del deseo también porque la percepción de la vida es una sensación puramente corporal, porque “cada momento ocurre algo” (los títulos son fundamentales para entender el sentido de su poesía) y hay que estar cerca para aprehenderlo. Desde “Acontecimiento”, la mirada, poco a poco, ha ido cediendo protagonismo al tacto: “de mis dedos / salían pequeñas corrientes eléctricas / que movilizaban lo innombrable”. Ha sido necesario viajar, desplazarse, alejarse para intuir que en la proximidad es más fácil reconocer el instante, la emoción, el acontecimiento, sentir una sensación, percibir la vida, porque esta late en lo pequeño, en lo cotidiano: “florece con el cerezo / en llamas, inscriben / nuestros nombres / brotes incipientes / de nuevas nevaduras. / Cae un día / se levanta otro.”

La negación de la trascendencia y, en consonancia con ello, la afirmación del cuerpo, implica una postura ética que, por otra parte, siempre ha estado en la poesía de Concha García desde sus inicios, desde que cuestionara con la ruptura de su lenguaje el discurso hegemónico de la poesía y, desde el punto de vista social, el discurso patriarcal al situar en el centro el cuerpo y el deseo femeninos, al enfocar el margen, al contravenir el sujeto unívoco con sus otredades, con todas las mujeres que constituyen ese sujeto múltiple que se ha expresado siempre en su poesía: “mientras camino / sucede que la sombra / reparte siluetas, / proximidades / de todas las que era”. Con la omnipresencia del cuerpo, en estos últimos libros, la poeta manifiesta la identificación con otras mujeres, por encima del tiempo y del espacio, mujeres entrevistadas en los transportes públicos o reflejadas en retratos que evocan posibilidades, otras vidas: “En los retratos / de hace tiempo / expuestos / como mercancía / en negocios / de la avenida / más transitada, / una mujer de mil novecientos / veintiocho me mira”. En este mismo sentido, la exaltación de lo cotidiano, lo común y lo pequeño caracterizados como acontecimientos, como lo único real que nos concierne, manifiestan una postura comprometida con una forma de ver el mundo donde, como hemos señalado, no hay cabida a la trascendencia. Solo hay estados de conciencia que prolongan el pasado en el presente a la manera bergsoniana y su concepto de percepción, de atender solo a aquello que nos



interesa. El sujeto de estos versos es plenamente consciente de que solo por los sentidos, a través de la piel, se puede percibir y aprehender la vida –“la epidermis siente el paso / de la nube de estorninos–, que no hay “nada más exuberante que la percepción de la vida” y en ello pone su atención. El recuerdo es convocado por una sensación sentida en el presente que remite a un pasado que, por ello, la incumbe, como en el poema “Acaso en un barco”:

Ya estuviste aquí
hace tiempo, cuando
el movimiento de las cañas
no era codiciado
por nadie que quisiera
convertirlas
en el azúcar
que pones
sobre la masa.

De hecho, como también habíamos observado en la poesía anterior de Concha García, la proximidad no es un concepto espacio-temporal, no atañe a coordenadas físicas –“Llegar a tiempo / a la estación de autobuses / no te cambia de lugar”–, sino que es una manera de estar en el mundo. Lo mismo sucede con el tiempo en su poesía, el pasado irrumpe en el presente cuando el recuerdo es evocado por una sensación experimentada, pero también imaginada, porque tan real es lo vivido y su recuerdo, como lo imaginado. Como afirma en uno de sus diarios: “Lo real no es más que la intersección de varios tiempos y el deseo de sentirlos”.

En fin, la experiencia tan intensa de identificación con lo que la rodea, su deseo de no dejar de experimentar ninguna sensación, ese estado de permanente alerta de los sentidos convierte los sucesos cotidianos, lo más nimio, en sustancial, porque nada es ajeno a la poeta. Todo se desarrolla y sucede en el mundo frente a su conciencia atenta. Esa es la proximidad.